

# SINONIMIA. REPETICION. MERISMO

## 1. Descripción

La sinonimia se ha tratado, en la poesía hebrea, como accidente o variedad del paralelismo, cuando en rigor es un procedimiento de estilo autónomo, que se puede usar en múltiples ocasiones y con funciones diversas. Si se trata aquí con la repetición es porque la sinonimia es una repetición semántica: no verbal, sino de significado. Pero, ¿se repite realmente el significado? ¿Existen palabras y expresiones sinónimas? La expresión sinónima será tanto más improbable cuanto mayor sea el número de sus componentes; pues sería casi imposible acoplar tres, cuatro, cinco palabras sinónimas.

Para plantear correctamente la cuestión hemos de adjetivar el término: sinonimia poética.

En lingüística, en estudios de léxico, dos palabras sinónimas serían perfectamente intercambiables en todas las ocasiones. No sólo formarían parte de un paradigma de sustitución, sino que podrían superponerse. En lingüística, la sinonimia perfecta, estricta, supone que todos los componentes significativos de dos palabras son iguales. Cosa que quizá no exista. «Empezar» y «comenzar» quizá se acerquen a la definición.

Los lingüistas aceptan un concepto más amplio, gradual, de sinonimia. Basta que dos palabras coincidan en un número importante de componentes significativos. El tema de los componentes significativos, «semas», nos va a prestar sus servicios. Tómese una serie de palabras, por ejemplo: casa, morada, habitación, palado, apartamento, choza, tugurio, villa, mansión... Todas tienen algo en común, todas tienen rasgos diferenciales. Si me fijo en los rasgos comunes, las palabras funcionan como sinónimas; si me fijo en lo diferencial, en lo que las opone, las palabras pueden funcionar como antónimos. Palado y tugurio son fabricaciones humanas donde habitar, pero se encuentran en los extremos de una serie. Casa y apartamento tienen rasgos comunes, pero el primero es más genérico. Los diccionarios suelen suministrar listas de sinónimos, así entendidos; véase el Diccionario de uso del español, de María Moliner.

Cuando el escritor o el traductor rebusca en una de esas series, no suele ser para tomar un vocablo cualquiera, sino para dar con el más preciso o exacto o expresivo. Busca lo diferencial. Pero si un poeta prodigo en paralelismos consulta esas listas, podría hacerlo para encontrar binas que se presten a caminar uncidas por sus

rasgos significativos comunes. Es decir, cuando hablamos de la sinonimia como procedimiento poético, la entendemos en sentido amplio y lo tomamos por criterio nuestra cultura lingüística, ni nuestra literatura, ni nuestra pericia en el léxico hebreo, sino que observamos y respetamos la sensibilidad del poeta hebreo.

Para él, esas dos palabras, esas dos expresiones, funcionan como sinónimas en los versos y en el poema. Repetición tendrá aquí su sentido normal. «Seguían y seguían trabajando» es simple repetición; «seguía y proseguía su camino» es repetición parcial; «seguía y continuaba su discurso» es repetición semántica.

Empecemos con un rico ejemplo: *Los ojos orgullosos serán humillados será doblegada la arrogancia humana; sólo el Señor será ensalzado aquel día, que es el día del Señor de los ejércitos: contra todo lo orgulloso y arrogante, contra todo lo empinado y engréido, contra todos los cedros del Líbano, contra todas las encinas de Basén, contra todos los montes elevados, contra todas las colinas encumbradas, contra todas las altas torres, contra todas las murallas inexpugnables, contra todas las naves de Tarsis, contra todos los navíos opulentos: será doblegado el orgullo del mortal, será humillada la arrogancia del hombre; sólo el Señor será ensalzado aquel día. (Is 2,11-18)*

Nadie confundirá cedros con encinas ni Líbano con Basán; diversas son torres y murallas. Creemos que harím = «montes es más genérico o más alto que geba"ot = «colinas».

Podemos afinar, entendiendo gbh lo que es alto y rwm como “se eleva”. La última distinción nos impone reservas. Y la distinción entre los vocablos hebreos para «naves» y «navíos» no la aferramos. Sólo que el poeta no ha buscado aquí diferenciar, sino acoplar, emparejar, o sea, disponer en binas simétricas, paralelas:

cedros y encinas          montes y colinas

naves y navíos          torres y murallas.

Quiere y decide que esas binas funcionen como sinónimas en su poema, aunque en otro poema puedan oponerse. Más aún, y subimos un grado más, todas las binas deben formar un grupo ordenado y sinónimo: todos los miembros tienen un rasgo común, que el poeta coloca en primer plano: todos son altos, elevados, encumbrados, señeros. Y, con valor metafórico o simbólico, son orgullosos, engréidos, soberbios, arrogantes. Hay un grado de sinonimia de conjunto más genérico (más escaso) que en cada bina. Frente al Señor, todo es bajo y será derrocado. La sinonimia está en el poema diversificada y cumple una eximia función poética. Habría que declamar en voz alta la pieza para sentir su fuerza. En la serie precedente se impone el paralelismo: quiere decir que los miembros paralelos pertenecen a líneas o sintagmas diversos (hay que notar que todos son sintagmas

de complemento). En un caso, los sinónimos están contiguos con copulativa: «lo orgulloso y arrogante... lo empinado y engreído» (v. 12). Tampoco importa a la sinonimia la posición. En el poema citado, los miembros correspondientes ocupaban la misma posición porque el poeta los colocaba en formación, como ejército que el Señor derriba. La posición puede ser simétrica, cruzada, asimétrica, contigua, etc. La sinonimia puede ser pardal, como nos muestra el ejemplo siguiente:

*“Asentó el orbe con maestría, desplegó el cielo con destreza.”* (Jr 10,12)

Solamente el elemento adverbial es sinonímico, maestría y destreza, cualidades artesanas. No son dos diversas, una para la tierra y otra para el cielo; son la misma con dos nombres; son una repetición del significado.

## 2. Razón de la sinonimia

Simplificando, podemos encontrar en el procedimiento poético de la sinonimia, o mejor, en el hábito poético, la tendencia a perseverar, a prolongar. Es una raíz de temporalidad humana que encuentra su exteriorización en el lenguaje. En particular, emoción y contemplación.

Una emoción que persiste hasta desahogarse, una contemplación que se detiene ante el objeto. Naturalmente, el lenguaje es temporal, sucesivo, como la música; frente a pintura, escultura y arquitectura (o danza frente a jardinería). El conocimiento racional discursivo, procede en el tiempo avanzando por silogismos, deducciones o inducciones. La descripción avanza rasgo a rasgo, gesto a gesto, sea que describa un objeto quieto, sea que describa una acción (la famosa distinción de Lessing, en su *Laocoonte*). En cambio, la emoción tiende a perseverar, a prolongarse. Y la contemplación no quiere alejarse del objeto bello o amado, no quiere que se lo retiren.

La sinonimia encuentra su puesto privilegiado en los géneros dominados por la emoción: la del sujeto que se expresa, la del destinatario en quien se desea influir. O sea, en la lírica expresiva, en la retórica o elocuencia. La contemplación encontrará buen empleo frente a objetos o realidades trascendentes, de algún modo inefables, que se resisten a la rigurosa articulación. Son dos casos primarios, no únicos, que nos ayudan a comprender el procedimiento. No es extraño que encontremos la sinonimia en el género elegíaco, en las Lamentaciones. Quizá la tristeza sea más morosa que la alegría; extrañamente, parece que nos complacemos más en el sentimiento de tristeza o que no logramos desprendernos de él. Es como si la alegría se agotase antes. Cada una de las Lamentaciones, excepto la quinta, va desgranando a lo largo del alefato rasgos patéticos que

describen una situación y expresiones dolientes de tristeza contagiosa. Al principio es la soledad y humillación de Jerusalén:

¡Qué solitaria está la **ciudad populosa!**  
Se ha quedado viuda la **primera de las naciones;**  
la **princesa de las provincias,** en trabajos forzados (Lam 1,1).

Compárese con una cuaterna que articula una acción en cuatro momentos sucesivos:

El Señor **hizo** un fardo con mis culpas y lo **ató** con su mano,  
me lo **echó** al cuello y **doblegó** mis fuerzas (Lam 1,14).

No siempre la sinonimia se encuentra en posición contigua, sino que puede reaparecer como estribillo:

Lam 1,5a Sus enemigos la han vencido han triunfado sus adversarios  
7b cuando caía su pueblo en manos enemigas y nadie lo socorría, y al verla, sus enemigos se reían de su desgracia.  
9c Mira, Señor, mi aflicción y el triunfo de mis enemigos  
14c me ha entregado en unas manos que no me dejan levantarme.  
17b El Señor mandó a los pueblos vecinos que atacaran a Jacob.  
21b El enemigo se alegra de mi desgracia, que Tú mismo ejecutaste...

En otro caso, la sinonimia es más bien de denotación: Jerusalén persiste ante la mirada con tres denominaciones:

¡Ay, el Señor nubló con su cólera a la capital, Sión!  
Desde el cielo arrojó por tierra la gloria de Israel, y el día de su cólera se olvidó del estrado de sus pies (Lam 2,1).

Un ejemplo muy expresivo: en posición contigua y paralela el poeta busca un término de comparación para la desgraciada Jerusalén; en el tercer verso encuentra la respuesta para describir tal inmensidad:

¿Quién se te iguala, quién se te asemeja ciudad de Jerusalén? ¿A quién te compararé para consolarte Sión, la doncella? Inmensa como el mar es tu desgracia: ¿quién podrá curarte? (Lam 2,15).

Comparación que nos recuerda la dolorosa soledad de Antonio Machado:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.  
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.  
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.  
Señal, ya estamos solos mi corazón y el mar.

Refinada es la siguiente combinación: el terceto está dividido por la mitad, rompiendo el segundo verso; un verso y medio invita al llanto, un verso y medio invita a persistir:

Grita con toda el alma al Señor; laméntate, Sión, derrama torrentes de lágrimas; // de día y de noche no te concedas reposo, no descansen tus ojos. (Lam 2,18)

En el siguiente, la sinonimia es más sutil, casi se desvanece; quizá haya que llamarlo metonimia en sentido estricto. El que habla siente su desgracia como castigo de Dios, golpe de la vara de su cólera (imagen), y en el varazo siente la mano de Dios que lo descarga. Vara y mano son paralelos y levemente sinónimos:

Lam 3,1 Yo soy un hombre que ha probado el dolor bajo la vara de su cólera,  
3 está volviendo su mano todo el día contra mí.

Como si un prisionero diese vueltas buscando salida y encontrase sólo cuatro paredes que lo encierran, así suena la siguiente cuaterna de sinónimos:

Lam 3,5 En torno mío ha levantado un cerco de veneno y amargura  
6 y me ha confinado en las tinieblas, como a los muertos de antaño.  
7 Me ha tapiado sin salida, cargándome de cadenas...  
9 Me ha cerrado el paso con sillares y ha retorcido mis sendas.

No sólo la tristeza, también el gozo, el entusiasmo, pueden prolongarse en sinonimias, especialmente cuando un profeta quiere transmitir el ánimo y la esperanza. Lírica y retórica se dan la mano en el poema fluvial de Isaías Segundo, el gran maestro hebreo de las sinonimias, el especialista en cuaternas (buena escuela para aprender léxico hebreo).

En Is 41,11-12, el enemigo se presenta en cuatro designaciones y sufre la derrota en ocho verbos. Todo un alarde, más retórico que lírico. Se reitera el tema del desierto transformado:

*Alumbraré ríos en cumbres peladas;  
en medio de las vaguadas, manantiales;  
transformaré el desierto en estanque  
y el yermo en fuentes de agua (Is 41,18).*

Y lo contrario en Is 42,15: montes / hierba / ríos / estanques; agostar / secar / convertir en yermo / desecar.

El cap. 35, que pertenece al mismo autor o a la misma escuela, podría servir como tema de ejercicio: cuatro sinónimos de desierto, cuatro mutilaciones humanas: ciego / sordo / cojo / mudo; cuatro sinónimos de agua.

L. Köhler, Deuteroseia (Jesaja 40-55) *stilkritisch untersucht* (BZAW 37; Giessen 1923), ha estudiado magistralmente este texto y comenta el procedimiento recurrente de la sinonimia: «La abundancia reemplaza a la exactitud» (p. 80); «necesita volumen... la forma tiene que decir más que el contenido» (p. 97); «más rico que vigoroso» (p. 128).

La emoción realiza su temporalidad perseverando, en una especie de inercia complacida.

La prolongación puede ser ascendente, climática o descendente, apagándose; por largo tiempo no podrá permanecer en el mismo grado. Podrá desarrollarse en proceso circular, volviendo al punto de partida. Al exteriorizarse en palabras sentirá la necesidad de repetir los mismos vocablos o significados equivalentes.

Del patetismo nos dice E. Staiger, *Grundbegriffe der Poetik* (Zurich 1951) 151: «El patetismo supone una resistencia, hostilidad abierta o pereza, y procura quebrantarlas con la insistencia... El patetismo no ha de ser instilado, sino grabado, martillando».

Por eso se encuentra el patetismo no sólo en el drama, sino también en la elocuencia. Judá tendrá que seguir a su hermana Samaría, bebiendo la copa del castigo. Los datos descriptivos están ofrecidos: la **copa**, el **beber**, el **efecto**. Al poeta no le basta: tiene que repetir, insistir, para comunicar su pasión y remover a los oyentes:

Beberás la copa de tu hermana,  
ancha y profunda y de gran capacidad.

Te llenarás de embriaguez y bascas, de espanto y aturdimiento:  
es la copa de tu hermana Samaría.  
La beberás, la apurarás, morderás el bocal  
y te lacerarás los pechos. (Ez 23,32-34).

No toda sinonimia se debe a la emoción y al sentimiento. Puede actuar también un hábito mental de percibir y formular. Puede darse en otras culturas poéticas y, con todo nos llama la atención en la poesía hebrea. En vez de amplificar por articulación sucesiva, dividiendo, subdividiendo, desdoblado, duplicando, en planos cada vez más particulares, el poeta toma una totalidad, la articula en una frase.

Cuando ha concluido, vuelve a tomar la misma totalidad y la articula en otra serie verbal semejante o equivalente. La articulación morfológica y sintáctica es pobre, escueta. Lo compensa la contemplación del mismo objeto, del que se van mostrando detalles nuevos, otras facetas. Porque, como dije, la sinonimia no es total.

La sinonimia poética es un "juego de variedad en la igualdad". Vean este ejemplo excepcional por varias razones. Es un autor tardío ensayista más que poeta, para quien pensar es «darle vueltas» a las cosas. Al comienzo de su minúsculo libro - notas, apuntes, inserta una especie de poema en prosa, en el que se revela ese hábito de dar vueltas sin avanzar. Habla del hombre, del sol, del viento, del agua, y hable de una sola cosa. Porque en lo que otro podría contemplar la riquísima, inagotable variedad, él contempla la monotonía del existir.

El resultado es que el tema coincide con el hábito mental, y su recurso literario es la sinonimia. Coincide porque ha querido mirarlo igual, y contagiarnos con la fatiga de la monotonía:

Una generación se va, otra generación viene, mientras la tierra siempre está quieta. Sale el sol, se pone el sol, jadea por llegar a su puesto y de allí vuelve a salir. Camina al sur, gira al norte, gira y gira y camina el viento. Todos los ríos caminan al mar y el mar no se llena; llegados al sitio adonde caminan, desde allí vuelven a caminar. Todas las cosas cansan y nadie es capaz de explicarlas. No se sacian los ojos de ver ni se hartan los oídos de oír. Lo que pasó, eso pasará; lo que sucedió, eso sucederá. Nada hay nuevo bajo el sol (Ecl 1,4-9).

Habría que contrastar este texto con alguna de las instrucciones o tratadillos del Eclesiástico, que, aunque gusta de la sinonimia contigua, va avanzando en la exposición. .." Podría comparar, de nuestra cosecha, a manera de ilustración, uno

de esos sonetos de Quevedo que avanzan con densidad, sin resquicios; con alguna de las meditaciones de Unamuno, reiterativas, casi inmóviles, como «El buitre de Prometeo». Y no olvidemos la razón formal de la sinonimia: simetría y proporción, resonancia y acorde. Parecido a la música y la danza. Este gusto formal puede explicar tantos casos de sinonimia convencional, en obras de lirismo desvaído, en ejercicios académicos. ¿Quién no recuerda la ocurrencia del autor del salmo 119? Toma las veintidós letras del alfabeto, busca ocho sinónimos de «ley» {precepto, mandato, decreto, instrucción, etc.) y multiplica para obtener 16 versos que dicen todos lo mismo. Aunque su devoción por el mandamiento de Dios sea loable, su empresa poética es bien discutible.

### 3. Análisis estilístico

Hemos de fijarnos en las realizaciones poéticas que sacan partido del procedimiento. Los casos que sorprenden al lector entrenado y atento. Leo en Jr 13,2.3: «¿Puede un etíope cambiar de pie // o una pantera de pelaje?». ¡Cómo! ¿Son sinónimos etíope y pantera? [Cuidado! Jeremías no está insultando a nadie, sino recriminando a sus paisanos, incapaces de convertirse. Porque su perversión les es tan connatural como el color de la piel al etíope o nubio, como el pelaje a la pantera.

Con todo, el salto de judío a pagano, del pagano a la fiera, logran por sinonimia una sacudida violenta. Un caso opuesto lo encuentro en el poema de la sequía, que agosta hierba y pastos. Esos sinónimos están muy cercanos; algo menos lo están dos animales salvajes: cierva y onagro. Escúchese la eficacia de la sinonimia por la colocación -como rima semántica- al final de ambos dísticos:

Hasta la cierva pare y abandona en descampado porque no hay pastos; los asnos salvajes se paran en las dunas, venteando el aire como chacales, con ojos apagados, porque no hay hierba (Jr 14,5-6).

Podemos considerar como sinónimas las dos frases de Sal 41,9: «Padece un mal sin remedio, se acostó para no levantarse»; sin embargo, la segunda redobla la fuerza expresiva o descriptiva de la primera. La primera podría ser diagnóstico médico; la segunda sentencia gravemente.

Degüellos y matanzas son sinónimos; pero el segundo entra en la forma de una comparación que sobrepasa e intensifica el sentido precedente: «Por tu causa continuamente sufrimos degüellos // nos tratan como a ovejas de matanza» (Sal 44,23). La



zona de sinonimia es el plano de apoyo para sustentar lo que sobresale. Como la sinonimia no ha sido tratada aparte, la bibliografía pertinente es escasa; está repartida en los capítulos sobre el paralelismo y sobre la repetición.

#### 4. Bifurcación sucesiva

El paralelismo es un procedimiento normal, hasta fácil, para desarrollar las ideas poéticas. Un caso particular se basa en tomar sólo un elemento del verso anterior para repetirlo o desdoblado, y así sucesivamente. El elemento se desdobra y el movimiento se bifurca una y otra vez. También lo podemos comparar a un encadenamiento, en que un eslabón cuelga del anterior, en serie. Tenemos un ejemplo notable en Is 30 (que algunos llaman «testamento del profeta»). Voy a presentarlo primero en esquema, entresacando las palabras decisivas, para que se aprecie el procedimiento:

“pueblo rebelde	no profeticéis desventuras
hijos olvidadizos	decid venturas
hijos que no escuchan	profetizad mentiras
dicen a los videntes	apartaos del camino
no veáis a los profetas	retiraos del sendero
	quitadnos de delante al Santo de Israel
	dice el Santo de Israel
	porque rechazáis esta palabra
	confiáis en la maldad
	os apoyáis en la perversión
	por eso será ese pecado
	grieta que se derrumba
	fractura que no queda para agua
	para brasas”.

Ahora copio el pasaje completo. El pensamiento del profeta avanza por sucesivas bifurcaciones. El orador no machaca, no martillea, pero cada cosa que dice la remacha y enlaza con lo que sigue. Se da una cierta amplificación, pero en movimiento. La pieza es más oratoria que lírica:

*“Ahora ve y escríbelo en una tablilla, grábalo en el bronce, que sirva para el futuro de testimonio perpetuo a un pueblo rebelde, hijos renegados, hijos que no quieren escuchar la ley del Señor; que dicen a los videntes: No veáis; a los profetas: No profeticéis sinceramente; decidnos cosas halagüeñas, profetizad ilusiones. Apartaos del camino, retiraos de la senda, dejad de ponernos*

*delante al Santo de Israel. Por eso, así dice el Santo de Israel: Puesto que rechazáis esta palabra y confiáis en la opresión y la perversidad y os apoyáis en ellas, por eso esa culpa será para vosotros como una grieta que baja en una alta muralla y la abomba, hasta que de repente, de un golpe, se desmorona; como se rompe una vasija de loza, hecha añicos sin piedad, hasta no quedar entre sus añicos ni un trozo con que sacar brasas del rescoldo, con que sacar agua del aljibe. (Is 30,8-14)*

Aunque el procedimiento no se aplique con rigor monótono, dudo que haya otro ejemplo tan notable en la poesía hebrea. Lo que vemos aquí en serie lo podemos encontrar suelto en muchos pasajes: podemos llamarlo **bifurcación**.

## 5. Sinonimia y concisión

El hábito de la sinonimia parece por naturaleza enemigo de la concisión, Así es. Sólo hay que precisar que la sinonimia está condicionada y a su vez condiciona la escasa articulación sintáctica de la lengua literaria hebrea. Ahora bien: como en un amplio período latino o español clásico puede destacarse una frase concisa, lapidaria, así en una serie de versos dominados por la sinonimia puede resaltar una frase concisa, aunque a su lado lleve otra semejante menos concisa. Lo ilustro con un ejemplo de Isaías:

La maldad está ardiendo como fuego que consume zarzas y cardos: prende en la espesura del bosque, y se enrosca la altura del humo. (Is 9,17)

Comienza con una imagen que se ha de desarrollar. Viene una geminación o hendíadis, «zarzas y cardos», aliterada en el original. La segunda frase resuena en otra sinonímica que extiende súbitamente el incendio a un panorama ancho, el bosque, y se cierra con el verso final, de magnífica concisión. La frase final comunica su densidad a todo el dístico, absorbiendo la sinonimia.

Isaías 2, el gran amplificador de series cuaternarias, también reconoce el arte de la frase concisa y eficaz. Entresaco algunas:

De balde os vendieron, sin pagar, os rescataré. (Is 52,3)

Rezan a un dios que no puede salvar. (Is 45,20)

Viuda y sin hijos te verás a la vez. (Is 47,9)

Por falta de agua se pudren sus peces, muertos de sed. (Is 50,2)

No volverás a beber del cuenco de mi ira. (Is 51,22)

Varias de las frases citadas son mitad o miembro de sinonimia.

En conclusión: como el poeta domina el recurso, lo emplea con variedad, unas veces es tradicional, otras original, lo toma y lo abandona libremente, así el lector y el crítico no pueden contentarse con la identificación taxonómica, sino que han de captar en cada caso el valor del procedimiento.

## II. REPETICION

Una vez estudiada la sinonimia, será fácil tratar de la repetición, entendida en sentido estricto.

Qué es la repetición no hace falta explicarlo. Pero sí hay que reflexionar sobre la importancia literaria de un hecho al parecer tan trivial e insignificante. Lo insignificante se vuelve significativo. Repetimos sonidos, palabras, frases, pies, versos, estrofas; los repetimos en posiciones variadas y con funciones diversas. El capítulo sobre el material sonoro estaba dedicado en gran parte a la repetición de sonidos idénticos y semejantes. De la repetición periódica trataba el capítulo sobre el ritmo. Ahora trataré de la repetición verbal, aunque no pueda cerrar el paso a cosas ya expuestas. El gran poema del poeta del destierro comienza así: «Consolad, consolad a mi pueblo» (Is 40,1). Del salmo 148 entresaco una terna:

Alabadlo, sol y luna;  
alabadlo, estrellas lucientes;  
alabadlo, espacios celestes. (Sal 148,3-4)

Del salmo 8,2.10 cito el primero y el último verso:

[Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!  
¡Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

En el salmo 42-43 leo tres veces estos versos:

¿Por qué te acongojas, alma mía,  
por qué te me turbas?

Espera en Dios, que volverás a darle gracias: Salud de mi rostro, Dios mío.

La repetición es un procedimiento tan frecuente, que nos exige alguna clasificación. Para realizarla atendemos a tres factores: el **volumen de material repetido** y su **calidad**, la posición de los elementos repetidos en el poema y la función poética. Se explica brevemente antes de desarrollarlo:

- a) Cantidad o volumen: una palabra, una raíz o lexema, un sintagma incompleto, una frase simple, una frase compuesta, uno o varios versos.
- b) Calidad: se refiere a factores morfológicos y sintácticos del lenguaje. Por ejemplo, repetición de imperativos (de diversos verbos), de participios, de plurales masculinos o femeninos (que conllevan rima), o bien de oraciones temporales, condicionales, etc.)
- c) Posición: contigua, al principio de frases, al final de frases al principio y al fin, en el decurso, periódicamente o no, en posición invertida.

La función es más difícil de clasificar y es mejor evitar esquemas rígidos. Inevitablemente, los criterios se sobreponen. Repetición contigua de una palabra:

Consolad, consolad a mi pueblo. (15 40,1)

Despierta, despierta; revístete de fuerza, brazo del Señor. (18 51,9)

Espabílate, espabílate, ponte en pie, Jerusalén. (Is 51,17)

Despierta, despierta, vístete de tu fuerza, Sión. (15 52,1)

Fuera, fuera! Salid de allí. (Is 52,11) un efecto parecido se obtiene aunque una cuña separe la repetición: Pon la olla, ponla. (Ez 24,3)

Repetición de palabra en comienzo de frases. Es clásico el «Salmo de los siete truenos» (Sal 29); siete versos comienzan con qól Yhwh: la voz del Señor.

En Is 2, citado anteriormente los hemistiquios comenzaban con al kol-, «contra todos». Este estilema se llama anáfora y sirve para unificar una serie, para insistir, para realzar un elemento.

“Ven desde el Líbano, novia mía, ven desde el Líbano, acércate” (Cant 4,8)

“Jardín cerrado eres, hermana y novia mía; jardín cerrado eres, fuente sellada” (Cant 4,12)

“Me has enamorado, hermana y novia mía, me has enamorado con una sola mirada.  
(Cant 4,9)

“Bendiciones que bajan del cielo, bendiciones del océano, acostado en lo hondo· bendiciones de pechos y ubres, bendiciones de espigas abundantes, bendiciones de collados antiguos”  
(Gn 49,25)

La **Epífora** es la repetición de palabras al final de frase, sea hemistiquio o verso o estrofa:

El mezquino piensa que es mezquina su porción, toma la del prójimo y echa a perder su porción. (Eclo 14,9)

La preocupación por el sustento le ahuyenta el sueño, la enfermedad grave le aleja el sueño. (Eclo 3,2)

Cuando la palabra se repite al principio y al fin, en el primer verso y en el último, se tiene una **inclusión**. Recurso frecuente para definir los límites de un poema, para «redondear» (el poema se muerde la cola); a veces para subrayar una palabra importante. Se suele llamar **inclusión menor** la que no abarca el poema entero, sino una de sus secciones. La inclusión se refuerza cuando se repite más de una palabra. El salmo 58 realiza la inclusión repitiendo dos palabras. El salmo 73 suma la inclusión mayor a la menor repitiendo «pero yo» en los vv, 2, 23 y 28; la inclusión del salmo 82 repite dos palabras. «El día del Señor» abre y cierra JI 2,1-11. El recurso es muy frecuente en la literatura profética, como puede verse en el índice de temas literarios de nuestra obra Profetas.

Un recurso más refinado consiste en repetir la palabra en el segundo miembro, enriqueciéndola con alguna calificación:

Entre tantos pastores destrozaron mi viña, pisotearon mi parcela; convirtieron mi parcela escogida en yermo desolado. (Jr 12,10)

Se cavaron aljibes, aljibes agrietados. (Jr 2,13)

Como unguento precioso en la cabeza que fluye por la barba, la barba de Aarón, (Sal 133,2)  
Pues todos los paganos son incircuncisos, y todos los israelitas, incircuncisos de corazón. (Jr 9,25)

Lo contrario es anteponer la palabra calificada, de modo que su repetición suene como resonancia parcial:

Se vuelva a la oración del desvalido .y no desdeñe su oración. (Sal 102,18)

Repetición de varias palabras. La he mencionado al hablar de la inclusión. Con dos palabras repetidas se pueden hacer varias combinaciones. Atendiendo a la posición, los esquemas más frecuentes son A B // A B y A B // B A. Al segundo lo llamamos quiasmo o sea, en X, en posición cruzada. Muy expresivo, porque formula la inversión total de valores, Is 5,20:

¡Ay de los que llaman al mal bien y al bien mal, que tienen las tinieblas por luz y la luz por tinieblas, que tienen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo!

También es expresivo, condensando la mutua relación, Cant 6,3: «Yo soy de mi amado y mi amado es mío».

El siguiente juega con tres elementos, según el esquema A B C // C B A: «Abrirá y nadie cerrará, cerrará y nadie abrirá» (Is 22,22).

Del mismo tipo, Gn 9,6: «Quien derrama la sangre del hombre, por el hombre su sangre será derramada».

El quiasmo suele operar en un espacio estrecho, es decir, coloca próximos sus elementos repetidos. En sentido más amplio, se puede llamar quiasmo a la posición quiástica, aunque sea a distancia. Por ejemplo, en Sal 51,3b-4.11 recurren, en orden inverso, A B C // C B A, «borra, culpa, pecado», formando inclusión menor.

El quiasmo, en sentido estricto o amplio, es fenómeno frecuente de la poesía hebrea, que suele servir para el desarrollo y para la composición. No es extraño que se le hayan dedicado tantos estudios. Dada la frecuencia del fenómeno, no siempre es relevante el estilismo. El análisis estilístico no puede contentarse con hacer constar su presencia.

La repetición de raíz o lexema permite mayor flexibilidad al poeta, y se presta para combinaciones más complejas. Por ejemplo, puede unificar un poema por medio de una palabra-lexema conductora (a manera de leitmotiv) y su función es en tal caso compositiva. Hay en hebreo una expresión que pronuncia un verbo en infinitivo y luego en forma finita: «hacer haré caminar camino...»; es un fenómeno más gramatical que estilístico, aunque el poeta pueda explotarlo; la posición es contigua.

Algo semejante es lo que llaman «acusativo interno»: «Vio visiones soñaba sueños...». También es fenómeno gramatical, más fácil de explotar por un poeta.

También suele usar la posición contigua. El lexema puede existir en verbo y sustantivo: sustantivo con diversas funciones adjetival, adverbial, nominal; verbo en distintas formas, tiempos y conjugaciones. El verbo, naturalmente, se presta más a la repetición con cambio:

“Sáname, Señor, y quedaré sano” (Jr 17,14)

“Los que te devoran serán devorados”. (Jr 30,16)

“Plata desechada, porque los ha desechado el Señor” (Jr 6,30)

“Nos hará revivir..., nos hará resurgir, y viviremos”. (Os 6,2)

Los ejemplos son abundantísimos, y no pueden achacarse a la pobreza del vocabulario hebreo o de sus poetas. Es recurso más eficaz en la recitación oral donde el recitador puede intensificar la raíz repetida. La repetición oral puede incluso actuar subliminarmente (aunque ésta no sea una categoría estética, puede tener valor retórico).

Estos son un par de ejemplos más complejos y más significativos.

El primero es un «trenzado» del Cantar de los Cantares. La novia expresa el ansia, el poeta juega con ella; el recurso es refinado, y suena como si fuera irremediable:

“En mi cama, por la noche, buscaba al amor de mi alma:

lo busqué y no lo encontré.

Me levanté y recorrí la ciudad por las calles y las plazas

buscando al amor de mi alma:

lo busqué y no lo encontré.

Me han encontrado los guardias que rondan por la ciudad:

¿Visteis al amor de mi alma?

Pero apenas los pasé, encontré al amor de mi alma: lo agarré y no lo soltaré. (Cant 3,1-3)

«Buscar» se repite sin descanso, encontrar se le junta para ser negado, se duplica para cambiar de sujeto, se difiere para el feliz desenlace.

Pruébese a sustituir repeticiones por otros verbos y se perderá el encanto. Gracia y acierto dependen de la repetición.

De tema opuesto es la gran elegía irónica de Ez 32 18-32 contra el faraón. Como si describiera una gran procesión de muertos ilustres que son conducidos al cementerio y han recibiendo sepultura como en un responso trágico, resuenan formulas repetidas con variante a intervalos irregulares. Leído el pasaje sin escucharlo, puede resultar pobre y monótono; leído en voz alta, despacio, con empaque, es un texto impresionante, mucho más para los oyentes de entonces, para quienes los nombres representaban realidades vivas.

Repetición de morfemas. El repetir una forma verbal o nominal puede elevar a estilema lo que es dato gramatical. Especialmente cuando la repetición se vuelve sonora por la reiteración de un morfema. " Supongamos el participio sustantivado: en el salmo 136 varios versos comienzan por participio, a modo de título o predicado divino: l<sup>e</sup>oseh, l<sup>e</sup>roqac" l<sup>e</sup>oseh, l<sup>e</sup>makkeh, l<sup>e</sup>yóse), l<sup>e</sup>gozér, l<sup>e</sup>mólík, l<sup>e</sup>makkeh= al que

hizo, al que afianzó, al que hizo, al que hirió, al que sacó ,al que despedazó, al que condujo, al que hirió. Podríamos llamarlo anáfora de participios, varias veces con repetición de morfema.

En el Sal 4,4-6 se suceden siete imperativos. Es lógico que un estilo retórico, oratorio, prodigue los Imperativos lanzados hacia o contra el público; por ejemplo, diez en Is 1,16-18.

El plural masculino y femenino es accidente gramatical de poca monta. En castellano los distingue la vocal para el género, la ese para el número.

Más diferenciado es el sonido hebreo: -im para el masculino y -ót para el femenino. Es frecuente que el poeta hebreo evite la rima poniendo en 'posiciones finales un masculino y un femenino, por ejemplo, harim ... g<sup>e</sup>bahot = montes ... colinas.

Is 3,18-23 se burla del atuendo y joyas de las mujeres ricas de la capital acumulando en una enumeración de veintiún objetos. Cuatro palabras se salen de la rima, las demás distribuyen sus morfemas de plural en el orden siguiente (señalo con N las palabras exentas):

-im	-im	-im	-ót	-ot	-ot
		-im	-ot	-im	
N	N	-ím	-ót	N	N
-ót	-ot	-ot	-im	-im	-ím
		-ot	-im		

Los morfemas están cumpliendo una función estilística en manos de un maestro. Por su condición de categoría gramatical, la repetición de morfemas no funciona sin más como estilema; algún factor añadido lo ha de subrayar, sólo que ese factor puede ser la declamación acertada.

Llamamos **estribillo** a la repetición de un verso o más en un poema, de ordinario en períodos regulares. La periodicidad es menos exigente en la poesía hebrea, que es parca en el procedimiento.

Podemos escuchar como estribillo la exclamación «cómo cayeron los valientes!» de la elegía de David citada anteriormente. Lo encontramos en Sal 42-43; 46 (donde quizá debamos insertarlo tras el v, 4); 56; 57; 59; 67; 99 (con expansión final); el 107



lleva doble estribillo. La repetición litánica podría tomarse como estribillo de urgencia. Es ejemplo clásico el salmo 136.

Por si fueran pocos los casos bíblicos, Slotki sugirió que el copista había ahorrado copiar las repeticiones dejándoles la tarea a los recitadores o a la comunidad.

Sobre la *traducción*. Siendo el fenómeno tan frecuente y muchas veces no relevante, no es necesario reproducirlo siempre en la traducción. Sobre todo, porque puede entrar en colisión con otro factor estilístico más importante. No es posible dar recetas de normas rigurosas. Mucho depende de la sensibilidad y gusto del traductor. Un consejo simple es: ¡atentos a la repetición! Zurro ha mostrado que la repetición es connatural a la poesía castellana, tanto antigua como moderna.

### III. MERISMO

El merismo es un caso especial de sinonimia. Lo distingo de la expresión polar, que considero más próxima a la antítesis o Contraposición. Lo trato aparte porque se ha llevado más atención en la ciencia bíblica. El estudio más completo hasta hoy es el de J. Krasovec, *Der Merismus im Biblisch-Hebräischen und Norduiestsemitischen* (Roma 1977).

El merismo reduce a dos miembros una serie completa. O divide en dos mitades una totalidad. «Montes y valles» representan la "serie entera de accidentes de un paisaje: «y al beso y tacto de infinita onda / duermen montes y valles su costumbre» (Gerardo Diego, Cumbre de Urbián), «Cielo y tierra» son el universo.

Es esencial que los dos miembros representen la totalidad. Sorprendemos de nuevo la articulación del lenguaje: una pluralidad se sintetiza en dos miembros que la representan; una totalidad global se divide y recompone en dos partes. , El número binario es el fundamental, tanto que algunos hablan sólo de «binas merísticas», Yo no tengo inconveniente en admitir parejas de binas y no rechazaría cualquier terna.

Una naranja madura ya y se ofrece en once gajos: puedo tomar dos para probar su calidad. El horizonte que contemplamos en una circunferencia, ¿en cuántas partes se divide? «Delante, detrás, derecha, izquierda», decían los hebreos. A nosotros, ¿nos bastan N S E O? Sin dificultad añadimos NE NO SE SO, y tenemos ocho. ¿Cuántos meridianos trazamos para tejer una red y llevar colgado el orbe terráqueo? ¿Cuántos grados distinguimos para señalar latitud y longitud de un punto geográfico? En el lenguaje, al menos en el poético, simplificarnos la totalidad continua la dividimos, de la pluralidad discreta seleccionamos. El merismo puede

aparecer en serie, como vimos en Is 2,14-16: cedros y encinas, montes y colinas, naves y navíos...

Como en cualquier sinonimia, los miembros del merismo tienen rasgos significativos (semas) comunes: son los que coloca en primer plano el poeta, vueltos hacia el oyente o lector. Podría hacerlos girar, presentando lo que tienen de oposición: dejarían de ser merismo para ser antítesis. Es decir, el merismo no es una relación automática e inmutable, sino que depende de la función poética concreta. Y como se dan casos fronterizos, indecisos, no siempre podrá el crítico distinguir. Leo en Sal 115,15-16: «Benditos seáis del Señor que hizo el cielo y la tierra. El cielo pertenece al Señor, la tierra se la ha dado a los hombres».

Cielo y tierra, igual al universo, creación del Señor, forman merismo. En el reparto son más bien opuestos. Krasovec nos da en su libro una lista de 272 palabras cabeza de merismo. La lista, por tanto, incluye más casos. Creo que no todos los casos aducidos son merismos en sentido estricto. Muchos son convencionales, binas de repertorio para el desarrollo fácil. Interesan especialmente los que destacan por su originalidad o por su valor. Indico algunos:

«Piedra y leño» (Jr 3,9) representan a los ídolos en forma despectiva. Sal 49,3: «Plebeyos y nobles, ricos y pobres». Sal 36,7: «Tú, Señor, socorres a hombres y animales». Eclo 15,3: «Lo alimentará con pan de sensatez y le dará a beber agua de prudencia». Sal 68,6: «Padre de huérfanos, protector de viudas». Nah 3,15: «El fuego te consumirá..., la espada te aniquilará». Os 9?2: «Era y lagar no los alimentarán». Sal 4,8: «Cuando abundan el trigo y el vino». El merismo sirve para describir una fertilidad maravillosa en Jl 4,18:

Aquel día los montes manarán licor, los collados se desharán en leche, las cañadas irán llenas de agua.

Job 29,6 describe los años de abundancia:

Lavaba mis pies en leche, la roca me daba ríos de aceite.

Estilo de proverbio dictamina Ben Sirá:

A tal gobernante, tales ministros; a tal alcalde, tales vecinos. (Eclo 10,2)

Si no corres, no llegarás; si no buscas, no encontrarás. (Eclo 11,10)

